

Muerte del Presidente Juárez

ELVIA MONTES DE OCA NAVAS

Antes de entrar en el tema enunciado en el título de este documento, quiero referirme a la Universidad Autónoma del Estado de México, que cumple sus primeros cincuenta años como tal. El Instituto Literario, su antecedente, estuvo ligado durante la segunda mitad del siglo XIX al movimiento liberal mexicano, en el que Benito Juárez tuvo un papel muy importante. A continuación me referiré a dos ilustres intelectuales liberales que tuvieron que ver con el Estado de México, y que además pisaron las aulas del Instituto: Ignacio Ramírez *El Nigromante* e Ignacio Manuel Altamirano.

Ignacio Ramírez (1818-1879) fue nombrado Secretario de Guerra y Hacienda por el Gobernador del Estado de México Francisco Modesto de Olaguíbel (1846). Desde ese puesto promovió, entre otros asuntos de orden político y administrativo, la autonomía municipal. Fue diputado por el Estado de México al Congreso Constituyente de 1856-1857, participó en la elaboración de la Leyes de Reforma, también fue Secretario de Fomento y Magistrado de la Suprema Corte de Justicia en el gobierno de Juárez, y fue catedrático del Instituto Literario de Toluca.

En el Estado de México hubo elecciones en 1850 para elegir diputados y gobernador. Con este motivo, Ignacio Ramírez, quien entonces era catedrático del Instituto Literario de Toluca y ya entonces un reconocido hombre de ideas que causaban fuertes polémicas, escribió un artículo titulado "A los indios de México", el cual fue publicado en el periódico *Themis y Deucalión*. En dicho texto convocaba a los indios de la entidad, con base en un derecho de todo ciudadano, a participar en la lucha electoral. El artículo provocó grandes preocupaciones no sólo entre los conservadores, sino también entre los liberales, quienes pensaron que con documentos como éste se podía provocar una guerra de castas tan destructiva como la de Yucatán. Esta publi-

cación le provocó a *El Nigromante* ir a juicio, del cual salió absuelto, pero no del rechazo de la aristocracia toluqueña, cuya presión llevó a las autoridades del Instituto a cesar a Ramírez, quien además tuvo que irse de la ciudad. Además el periódico que se atrevió a publicar el artículo fue cerrado.¹

Otro famoso liberal que estuvo en el Instituto de Toluca fue Ignacio Manuel Altamirano (1834-1893), discípulo de Ignacio Ramírez. Altamirano ingresó al Instituto el 17 de mayo de 1849 como alumno de gracia por el municipio de Tixtla, hoy perteneciente al estado de Guerrero, y fue expulsado en 1852, cuando el Instituto estaba dirigido por liberales, lo que no necesariamente implicaba la laicidad de la educación y la tolerancia dentro del propio Instituto (Giron, 1993). Altamirano combatió a los conservadores en la llamada guerra de Reforma, así como a la intervención francesa y el Imperio, y en un momento histórico, se opuso a Juárez, a quien le exigió mayor fidelidad a los ideales del liberalismo.

En los años de 1870, el Instituto Científico y Literario del Estado de México era reconocido como una de las instituciones educativas de mayor prestigio y calidad de los estados de la República. Este reconocimiento y la importancia del Instituto se conservaron hasta 1910. Elizabeth Buchanan (1981) atribuye la competencia académica que tuvo el Instituto durante esos años a la influencia del positivismo que Gabino Barreda implantó en la Escuela Nacional Preparatoria y al apoyo que dio a dicha corriente el gobernador de entonces, Mariano Riva Palacio, quien mandó reestructurar los planes de estudio del Instituto y adecuarlos a la nueva corriente. Si México había salido de la cruenta y peligrosa invasión extranjera de los años sesenta, y la república liberal estaba abriéndose paso para su restauración, entonces hacía falta que en las escuelas, como era el caso del Instituto, se formara “correctamente” a los jóvenes para que fueran los futuros dirigentes y encargados de guiar los rumbos del país hacia la estabilidad social y el crecimiento económico, para lo cual debían tener la mentalidad para desarrollar “pensamiento científico, positivo”, que no llevara a la rivalidad y el enfrentamiento que se había dado entre la política y la religión. Hombres inteligentes, conocedores e impulsores de las ciencias y de su aplicación técnica, hombres útiles a la nueva nación que los liberales, con la derrota de los conservadores, deseaban que fuese México bajo la dirección del grupo, encabezado por Benito Juárez. “Durante 1872 [año en que murió Juárez], la administración del Instituto estaba integrada por un director, tres profesores, un médico y un mayordomo, los cuales eran designados por el Gobierno Estatal” (Buchanan, 1981: 21). El director de la institución era el Ingeniero Jesús Fuentes y Muñiz.

1 Para tener más información del hecho, sugiero revisar el trabajo de Yolanda Sandoval Santana (2003), quien exhibe la intolerancia que existía en México, no sólo entre los conservadores, sino también entre los liberales.

Benito Juárez

Después de este breve repaso de las ideas liberales que circularon en el Instituto durante las estancias de Ramírez y Altamirano en él, y de las ideas positivistas que empezaron a penetrar durante la década de los setenta del siglo XIX, al principio de la cual murió Juárez (18 de julio de 1872), ofrecemos un resumen de lo que aconteció durante los días en que el país perdió al que es reconocido como uno de los héroes más grandes de su historia.

Durante el gobierno de Luis Echeverría Álvarez (1970-1976), la Secretaría del Trabajo y Previsión Social publicó en diciembre de 1972, como parte de los actos conmemorativos del primer centenario de la muerte de Juárez, un libro titulado *Muerte del Presidente Juárez*. En la publicación se compilan noticias que aparecieron en los periódicos que circulaban en México en 1872 sobre el deceso de Juárez y sus funerales. En esas notas, se puede conocer el sentir del pueblo mexicano, dividido entonces por ideas y en partidos opuestos, ante la muerte de uno de los hombres más destacados en la historia de México. Hago una revisión de este libro a fin de entender mejor esa etapa histórica que marcó en muy buena medida el rumbo del país, pues en los últimos años del siglo veinte y en los primeros de éste han sido atacados los fundamentos liberales del México del siglo XIX, especialmente los que marcaron los periodos en que gobernó Juárez.

Los periódicos considerados en el libro no sólo representaban al ala liberal, ya que también están incluidos los favorables al ala conservadora, que hablaron asimismo de Juárez, su vida, su obra y su muerte. El gran ausente, tanto el alto como el bajo, fue el clero católico, cuyos representantes no estuvieron presentes, según los periódicos, ni en la muerte del Presidente ni en sus funerales. Si Juárez, como lo pintan algunos periódicos, era un hombre religioso, no necesariamente católico, y si tuvo tiempo para darse cuenta de ello, es posible que esa ausencia haya preocupado.

En los periódicos nacionales, apareció el 19 de julio de 1872 la siguiente esquelá (textual):

Anoche, a las once y media, ha fallecido
el ilustre Ciudadano

Benito Juárez,
Presidente constitucional de los Estados Unidos Mexicanos.
El Presidente interino, al participar a V., con
el dolor más profundo, tan deplorable acontecimiento;
le invita á que asista al funeral que se verificará
el martes 23 del presente mes, en el Cementerio
de San Fernando.

México, Julio 19 de 1872.

El duelo se inició ese día en el Palacio Nacional a las 9 de la mañana. En *El Monitor Republicano* (número 172), se informa que a las cinco de la mañana de la fecha, los cañones del Palacio Nacional habían anunciado a toda la Ciudad de México que el Presidente Juárez había muerto de manera instantánea, “víctima de un ataque en las regiones del corazón”. Se advierte de que en pocas horas la república se enteraría de que “el hombre de la Reforma y de la Independencia, ha pasado á las páginas brillantes de nuestra historia contemporánea, circundado de esa aureola que acompaña á los grandes y á los héroes. La República está de duelo.”

En la misma nota de la redacción, se dice también, que el mundo entero estaría de luto al enterarse del deceso, pues Juárez no sólo “era una gloria de su patria, sino un timbre de honor para la humanidad”. A la vez, se rogaba a Dios que esta muerte no fuera a convertirse en el principio de grandes trastornos para México, y se hablaba de momentos de suprema angustia para la nación. Como presidente interino, fue nombrado Sebastián Lerdo de Tejada, quien era Presidente de la Suprema Corte de Justicia, la cual fue ocupada por Pedro Ogazón, conforme a la Constitución Federal de 1857 y lo prescrito por la ley del 29 de febrero de 1836. A Lerdo de Tejada lo había ido a buscar a su casa el General Mejía, Ministro de Guerra, para avisarle de la muerte de Juárez pocos minutos después que ésta sucedió. “Una comisión del comercio se presentó también al nuevo Presidente, y le manifestó su buena disposición para proporcionarle los recursos necesarios; y, según dice *El Siglo* [Diez y Nueve], en la tarde debía tener lugar una junta de comerciantes con ese objeto” (*La Iberia*, 20 de julio de 1872).

El Ministerio se encargó de levantar el acta de defunción con la asistencia de los escribanos públicos Crescencio Landgrave y José María Villela, y certificaron la defunción los doctores Ignacio Alvarado, Rafael Lucio y Gabino Barrera, quienes habían asistido al Presidente (*El Distrito Federal*, 19 de julio de 1872).

El *Diario Oficial* (19 de julio de 1872) avisaba también de la muerte de Juárez la noche anterior, a las once y media, a causa de “una neurosis del gran simpático”; también aquí lo llaman “¡El gran atleta de la Reforma y de la Independencia!, amigo del pueblo y de la libertad”. Se pide por el eterno descanso de su alma y se expresa el deseo de que su recuerdo sirva de estímulo y de unión fraternal a todos los mexica-

nos. En el ambiente se respiraba el temor por el resurgimiento de la violencia y la lucha fratricida entre los mexicanos.

Según el mismo *Diario Oficial*, Juárez había empezado a sentirse enfermo desde la mañana del 17 de ese mes; sin embargo, había atendido los asuntos de la Presidencia. El señor Darío Balandrano, redactor en jefe del *Diario Oficial*, le leía al Presidente lo más notable que contenían los periódicos de esa mañana, cuando Juárez se levantó repentinamente de su asiento y se llevó la mano al cerebro. Balandrano suspendió la lectura de los periódicos y le preguntó si se sentía indispuerto. “Estoy bien —contestó— puede usted continuar”. (*El Federalista*, 20 de julio de 1872). Después, volvió a levantarse de su asiento y caminó hasta el salón de Iturbide. Regresó y pidió su desayuno, que tomó tranquilamente. Sin embargo, dijo que a medio día “comería de dieta”: una sopa que le trajeron de su casa y que apenas probó. Se veía que se sentía mal. Durante la comida Juárez habló con sus acompañantes —entre quienes estaba el señor José María Lafragua (Ministro de Relaciones Exteriores)—, especialmente de dos de sus preocupaciones: la reforma a la Constitución y la terminación del ferrocarril a Veracruz. En la tarde, habiendo despachado los asuntos pendientes, salió con su familia a pasear en coche, como era su costumbre. La noche de ese mismo día, Juárez despertó con fuertes náuseas y algunos dolores, pero no permitió que su hijo Benito, que dormía en la misma recámara, avisara a persona alguna de su malestar.

Al siguiente día, Juárez faltó a Palacio pues sentía fuertes dolores en la pierna derecha, sin embargo, no se esperaba nada grave. Sus hijas, sus cuñados, sus yernos y sus amigos le preguntaban inquietos cómo se sentía. El Presidente les contestaba que un poco cansado porque no había dormido bien, pero les pidió que no hicieran pública su indisposición y que sólo dijeran que padecía de reuma en la pierna derecha. En la tarde de ese día, Juárez recibió en sus habitaciones al señor Lafragua, con quien trató asuntos generales, y al General Ignacio Alatorre, con quien habló sobre la situación que guardaba el estado de Puebla. A las siete de la noche, el dolor que sentía en el pecho lo obligó a irse a la cama. A partir de ese momento, Juárez empeoró progresivamente. A las ocho de la noche de ese día, “empezó a desarrollarse con una fuerza extraordinaria el mal que lo atacó el año de 1870”,² pero que en esta ocasión no pudo controlar su médico de cabecera, el doctor Ignacio Alvarado, quien avisó al secretario del Presidente, señor Santacilia, que Juárez estaba muy mal y que no le quedaban más de tres horas de vida. Por indicación suya, se llamó también a los doctores Lucio y Barreda. Los dolores fueron avanzando y ya no se pudieron calmar con pociones

2 El 17 de octubre de 1870, Juárez sufrió un ataque al corazón y fue atendido por el mismo doctor Alvarado. *El Siglo Diez y Nueve* (17 de octubre del 1870), publicó que Juárez había sido atacado de una “fuerte congestión cerebral”. El 19 de ese mismo mes, tanto *El Monitor Republicano* como *El Siglo Diez y Nueve* anunciaron que Juárez estaba fuera de peligro.



internas; debido a las náuseas del enfermo, hubo que recurrir a inyecciones locales y a una solución de morfina inyectada sobre el lado izquierdo del pecho. “Poco antes de las once, el Presidente llamó a un criado a quien quería bastante, llamado Camilo, oriundo de la sierra de Ixtlán, y le dijo que le comprimiera con la mano el lugar donde sentía un intenso dolor. Obedeció el buen hombre, pero no podía contener sus lágrimas [...] Momentos antes de morir [Juárez] estaba sentado tranquilamente en su cama; a las once y veinticinco minutos se recostó sobre el lado izquierdo, descansó su cabeza sobre su mano, no volvió a hacer movimiento alguno, y a las once y media en punto, sin agonia, sin padecimiento aparente, exhaló el último suspiro... El Dr. Alvarado dijo esta sola palabra: —Acabó!” (El *Federalista*, 20

de julio de 1872).³ Así había terminado su vida “el ilustre y benemérito ciudadano a quien México había confiado, por tercera vez, sus destinos” (El *Distrito Federal*, 20 de julio de 1872).

El pueblo, al recibir la dolorosa noticia, invadió el Palacio queriendo ver el cadáver del señor Juárez; pero no ha sido posible exponerlo todavía mientras no sea embalsamado, de cuya operación están encargados, en los momentos que escribimos, los acreditados facultativos Lucio, Alvarado y don Gabino Barreda. Probablemente mañana será expuesto, y se anunciará el día, así como los honores con que será conducido a la tumba, el que fue el jefe de la Reforma y Presidente de la República, don Benito Juárez.

¿Qué podríamos añadir a su historia?

¿Quién puede abarcar en una cuantas líneas la inmensidad de la gloria del hombre

- 3 El doctor Ignacio Alvarado relató los últimos momentos de Juárez, cuando éste sufrió varios ataques cardiacos y el dolor intenso en el pecho que lo obligaba a recostarse en su cama. Tales fueron sus dolores, que el doctor Alvarado tuvo que acudir, contra su deseo, a aplicarle un remedio muy cruel pero eficaz: verterle agua hirviendo sobre la región del corazón, que hizo que Juárez se incorporara exclamando: ¡me está usted quemando!, pensando que era torpeza del doctor quien le tuvo que explicar que era intencional para disminuirle el dolor del pecho. Este atroz remedio le calmó el dolor cerca de tres horas, pero éste regresó con más fuerza. El fin estaba cerca.

cuya muerte es un duelo nacional?

Ante esa tumba, enfrente de ese cadáver, nuestra pluma se detiene, porque es impotente para expresar lo que siente en estos momentos el pueblo mexicano.

(*Diario Oficial*, 19 de julio de 1872).

Una vez que fue terminado de embalsamar el cadáver, “le contemplamos con una emoción que no trataremos de describir, en su recámara, encima de su cama de bronce, vestido de negro, pálido, pero con la fisonomía tranquila, sin contracción alguna, y pareciendo más dormir con el plácido y pasajero sueño de la vida, que con el eterno y profundo de la muerte” (*El Federalista*, 20 de julio de 1872).

El Periódico *El Siglo Diez y Nueve* (19 de julio de 1872), reconoció que desde sus páginas había combatido fuertemente a Juárez, especialmente en el último periodo de su administración, principalmente por su oposición a dejar el poder presidencial, pero “jamás desconocimos los grandes servicios que el C. Juárez prestó a la causa de la democracia y de la independencia, viendo siempre en él uno de los caracteres privilegiados de un temple enérgico para luchar y sobreponerse a las situaciones más difíciles”. Se confiaba en que la crisis provocada por la muerte intempestiva de Juárez se iba a resolver de “manera natural y pacífica”, por el camino de las leyes y que no iba a ser pretexto para que algunos convocaran a la violencia. Firmaron el comunicado José María Vigil, Julio Zárate, Emilio Velasco, Jesús Castañeda, Agustín R. González y Pedro Landázuri.

El 19 de julio, “el cañón, detonando ayer cada cuarto de hora, anunciaba a los habitantes de esta capital la noticia de que el Presidente de la República, C. Benito Juárez, había dejado de existir”, ese anuncio se repetiría durante tres días (*El Ferrocarril*, 20 de julio de 1872). La bandera fue izada a media asta en los edificios públicos, se colocaron cortinajes con adornos fúnebres en el Palacio Nacional, el municipal y otros edificios oficiales, “las armas llevadas a la funerals por las tropas de la guarnición”, y los instrumentos de sus respectivas bandas también llevarían señales de luto y sordinas. Jefes y oficiales del ejército que se hallaban en la guarnición de la capital, portarían luto riguroso por espacio de un mes.



Benito Juárez

El cadáver estaría expuesto por tres días “para que vaya el pueblo a darle su tierna despedida”.

Los empresarios de los teatros, voluntariamente y en señal de duelo, decidieron suspender por nueve días sus funciones. Los señores Nagel Sucesores, Walker Hermanos, Gutheil y Santiago Lohse, dueños de varios comercios en la calle de la Palma, cubrieron sus aparadores en señal de duelo. La casa de la familia de Juárez recibió a infinidad de personas, las que manifestaron su pena. El señor Maza, cuñado de Juárez, pidió que le dieran a la familia el ejemplar de la Constitución de 1857 que Juárez llevaba siempre consigo y que había llenado de anotaciones. Tiburcio Montiel, Gobernador del Distrito se encargó de los preparativos del sepelio en el panteón de San Fernando.

El Ministerio de Relaciones avisó al cuerpo diplomático de la muerte de Juárez. El señor Norman H. Nelson, Ministro Plenipotenciario de los Estados Unidos de América, convocó a sus colegas para reunirse e ir a felicitar al nuevo Presidente y a darle el pésame por la muerte de Juárez. “¡Murió el rey; viva el rey!” (*El Federalista*, 20 de julio de 1872). A las cuatro de la tarde del 20 de julio, el señor Juan de Dios Arias, Oficial Mayor de la Secretaría de Relaciones, y el señor Luis G. Bossero, Jefe de la Sección de Europa, guiaron a los ministros extranjeros ante el cadáver embalsamado de Juárez, colocado en el salón de embajadores. Los ministros de España y Alemania vestían de riguroso uniforme. El nuevo presidente estaba acompañado por los señores Lafragua, el general Mejía, Francisco Mejía y el señor Balcárcel, Ramón Isaac Alcaraz y Cayetano Gómez Pérez, oficiales mayores de Justicia y Gobernación. A ellos les daban el pésame por la muerte del Presidente Juárez. El señor Nelson habló, en inglés, en nombre de sus colegas para felicitar a Sebastián Lerdo de Tejada por su nombramiento como presidente interino, y para darle el pésame por la muerte de Juárez, expresándole “el deseo y la confianza de que vuestra sabia y patriótica administración promoverá la paz, la unión, la prosperidad y la gloria de la República Mexicana” (*El Distrito Federal*, 20 de julio de 1872). Tal parece que también los representantes diplomáticos acreditados en México temían que la violencia fuese a estallar nuevamente en el país. Lerdo de Tejada agradeció la manifestación de duelo de los diplomáticos asegurando que se conservarían las relaciones de México con esas naciones. “¡Que sobre su tumba venerada se depongan como homenaje a su memoria los odios y los rencores políticos, y que la unión de todos los mexicanos asegure para siempre la paz y la felicidad de la República!” (*El Federalista*, 20 de julio de 1872).

Entre otras manifestaciones de luto y homenaje a Juárez, el Ayuntamiento de la Ciudad de México, declaró que en la plaza de Santo Domingo se haría un monumento a Juárez, que finalmente se colocó en la glorieta central de la Alameda. En adelante, la plaza de Santo Domingo se llamaría plaza Juárez, pero el acuerdo quedó sin efecto.

Después de la muerte de Juárez, los periódicos se dedicaron a reflexionar sobre la obra pública del Presidente, a quien llamaron, entre otras cosas, “El patriarca de la Reforma, el hombre del progreso, el apóstol de la igualdad...” (*La Orquesta*, 20 de julio de 1872). Periódicos, como el mencionado, no se midieron en sus calificativos hacia Juárez: “Fue la roca acariciada por el mar en calma y azotada por las tormentas; siempre impasible”:

La muerte de Juárez es su apoteosis. Lleva algunas horas de haber pasado a la eternidad, y hoy no sólo queda de él una memoria, sino un título para bendecir su genio. México, no sólo México sino el mundo entero, tienen que registrar este acontecimiento en los anales de la catástrofe; y encima de la tumba sólo cabe colocar coronas y hacer brillar las luces de la gloria.

Los periódicos se dedicaron a hacer, a cual más elogiosa, la historia del Presidente, resaltando su origen humilde, su constancia y fervor para lograr lo que se proponía, y su lucha por la libertad y la igualdad de los mexicanos, así como su actitud frente al Imperio y al clero católico y la abolición de privilegios para algunos. Sin embargo, algunos hablaron de sus errores, “muchas de sus acciones no correspondieron en sus últimos días a sus antecedentes; pero sus faltas no pueden ser juzgadas por sus contemporáneos”, escribió Juan A. Mateos en *El Monitor Republicano* (20 de julio de 1872). Y dejó a Dios como árbitro y juez de las conciencias de los hombres, en este caso la de Juárez. También se habló de la historia como la encargada de enjuiciar a los hombres. “Hoy olvidamos sus errores para no recordar sino sus virtudes”.

Lo cierto es que muchos mexicanos, no todos por supuesto, estaban tristes por la muerte de Juárez, “el único de los gobernantes de México que ha muerto en su palacio después del periodo de gobierno más largo y más tempestuoso de que hace mención nuestra historia” (*El Federalista*, 20 de julio de 1872). Los mexicanos estaban angustiados por el futuro; por eso, pidieron a Lerdo de Tejada, Presidente interino, que no se dejara llevar por intereses personales ni se rodeara de aduladores que sólo buscaban su propio provecho, y que cuidara de la paz de la nación con las leyes en la mano. Preocupados, liberales y conservadores, librepensadores a ultranza y fervientes católicos por el futuro del país: “¡Quiera Dios que bajen al sepulcro con el pasado Presidente los odios políticos, el espíritu revolucionario, las exigencias de partido; y que, reunidos todos los hijos del país bajo la misma bandera nacional, no opongan obstáculos al nuevo magistrado de la nación, para que logre, auxiliado por todos los hombres honrados, conquistar la paz por tantos años perdida, el renombre de México, la moralidad pública, el orden y bienestar que ardientemente desean todos los habitantes de la República Mexicana!” (*El Defensor Católico*, 20 de julio de 1872). “¡La patria está de duelo, Dios proteja a México!”

Los honores luctuosos que se le hicieron a Juárez fueron impresionantes. No sólo muchos mexicanos desfilaron frente a su féretro expresando sentidas muestras de



tristeza, sino que en los honores oficiales los discursos de opositores irreconciliables proponían dejar atrás las diferencias para rendir homenaje a la figura de Juárez, y buscar la unidad de la nación. Así lo expusieron, principalmente, los partidarios de Lerdo de Tejada y los de Porfirio Díaz, quien se había rebelado contra Juárez por su última reelección. Pronto, Díaz y sus hombres olvidaron el pacto y aquél permaneció muchos más años que Juárez en la silla presidencial.

Cuatro hermanos francmasones, vestidos de negro, y llevando en el ojal de la levita la insignia de su grado, acompañaron el cadáver desde la tarde del sábado, alternándose cada dos horas, según las prescripciones de la gran logia (*El Federalista*, 23 de julio de 1872).

Los masones estuvieron presentes durante todos los honores que se rindieron a Juárez, así como sus ministros y el cuerpo diplomático. La silla presidencial fue cubierta de terciopelo y de crespón negros. El cuerpo de Juárez fue vestido de etiqueta, cruzado el pecho con la banda tricolor, y en la mano derecha se puso un bastón, símbolo de mando.

Los funerales se celebraron el martes 23 de julio, en el panteón de San Fernando. El cortejo fúnebre salió de Palacio Nacional a las nueve de la mañana, "dirigiéndose a la esquina del puente de Palacio, y de allí por la misma calle y portales de las Flores, de la Diputación y Mercaderes, y calles de Plateros, San Francisco, Santa Isabel, La Mariscal, San Juan de Dios y San Hipólito, al expresado panteón" (*El Federalista*, 23 de julio de 1872).⁴

Según el bando expedido por Tiburcio Montiel, Gobernador de Distrito, el 20 de julio de 1872, una escuadra de batidores abriría la marcha del cortejo, después vendrían las escuelas municipales y nacionales, la de Jurisprudencia, personajes invitados, empleados y jefes de oficinas, jueces, jefes del ejército y los generales, presididos por el ayuntamiento. Después iría la carroza fúnebre, a cuyos costados estaría la guardia de honor. Detrás de la carroza, irían las autoridades, amigos y parientes de Juárez,⁵

4 De acuerdo con la nomenclatura de 1972, el cortejo fúnebre salió de Palacio Nacional, llegó hasta la esquina del Zócalo y la calle de Corregidora, bordeó la Plaza de Armas y continuó por la avenida Francisco I. Madero, dio vuelta en Aquiles Serdán, y caminando por la avenida Hidalgo y Puente de Alvarado, llegó al panteón de San Fernando.

5 Del matrimonio de Juárez con Margarita Maza sobrevivieron sus hijos Manuela, Felicitas, Marga-

los diputados, la comisión del Tribunal Superior del Distrito, la de la Suprema Corte de Justicia, el cuerpo diplomático y los secretarios del despacho, presididos por el presidente de la Suprema Corte de Justicia en ejercicio del Poder Ejecutivo. Cerrarían la columna las tropas de la guarnición. El orador oficial, en el momento de sepultar a Juárez, sería el licenciado José María Iglesias. Al salir el cortejo fúnebre del Palacio Nacional, la batería situada en la plaza y formada por alumnos del Colegio Militar dispararía cuatro tiros consecutivos.

Desde las ocho de la mañana del día del sepelio de Juárez, la Plaza de la Constitución y las calles que iba a recorrer el cortejo estaban llenas de personas que querían ver el paso de la carroza fúnebre. A las nueve en punto, el cuerpo fue bajado del catafalco en el que estuvo expuesto al público en el salón de embajadores, para colocarlo en una caja de zinc, que después se metió en un sencillo ataúd de caoba adornado con dos ramas de oliva y de laurel, en cuyo centro se esculpieron dos letras B. J. Camilo, criado de la Presidencia, colocó por su voluntad en el féretro una corona de siemprevivas. A las diez horas y diez minutos, cuatro cañonazos avisaron a la ciudad que el cortejo salía por la puerta central del Palacio Nacional. “Un espléndido carro fúnebre, tirado por seis hermosos caballos tordillos cubiertos de negras gualdrapas, conducía el ataúd en que iban depositados los restos mortales del señor Juárez”. (*El Federalista*, 24 de julio de 1872). El carro, adornado de negro y oro, llevaba también los signos masónicos,⁶ y lo guiaba el cochero Juan Udueta, quien había estado con Juárez en Paso del Norte. Atrás venía el carruaje de la presidencia, vestido de negro y tirado también por cuatro c a b a l l o s tordillos. Nunca se habían visto en México exequias tan concurridas. La comitiva tardó dos horas en llegar del Palacio Nacional al panteón de San Fernando. Antes de sepultar el cuerpo, hubo doce discursos pronunciados por José María

rita, Soledad, María de Jesús, Josefa y Benito, que era el menor. Soledad, Josefa y María de Jesús eran solteras y se les concedió una pensión anual de tres mil pesos mientras permanecieran célibes. Ese beneficio fue también para Benito mientras concluyera su carrera o cumpliera 25 años. La pensión sería entregada a cualesquiera de sus siete hijos de llegar a encontrarse en condiciones de pobreza.

6 *El ferrocarril* (24 de julio de 1872), periódico opositor a la política de Juárez, consideró que estos atavíos e de pésimo gusto.



Iglesias, designado para tal tarea por el gobierno del Distrito; Ignacio Silva, a nombre de la Diputación Permanente; Alfredo Chavero; Francisco T. Gordillo, quien habló a nombre de los masones del Rito Nacional Mexicano; José María Vigil representante de la Prensa Asociada, José María Baranda en nombre de la Sociedad Filarmónica Mexicana, el doctor Morón, representante de la Sociedad Médica "Escobedo"; Victoriano Mereles, orador del Gran Círculo de Obreros de México; el vate José Rosas Moreno leyó un poema; los niños Antonio Álvarez y Salvador Martínez Zurita, alumnos de Tecpan de Santiago, y Gumersindo Mendoza, a nombre del Consejo Superior de Salubridad. "Concluidos los discursos que se pronunciaron en San Fernando, el C. gobernador de Palacio entregó la llave de la caja que contenía los restos del señor Juárez al señor Lafragua, y este funcionario dijo en seguida: 'Queda depositada esta llave, según la ley, en el archivo del Ministerio de Relaciones'" (*Diario Oficial*, 24 de julio de 1872). Después se dio sepultura al Presidente Juárez, se inclinó la bandera en el momento en que bajó el cuerpo a la fosa y resonaron veintiún cañonazos, a las dos menos cuarto todo había concluido. "La lápida de mármol que se colocó a la entrada de la tumba no contiene más que esta sencilla inscripción: 'Benito Juárez'" (*El Distrito Federal*, 25 de julio de 1872).

Los discursos y el poema pronunciados en el entierro de Juárez exaltaron su figura y el lugar que ocupó en la historia de México. Francisco T. Gordillo, representante de los Masones del Rito Mexicano, terminó así su discurso:

Nosotros, hermanos, tenemos que hacer otra promesa: mientras el aire aliente nuestras vidas, mientras exista uno sólo de los MM. (masones) mexicanos, no permitamos que la huella del soldado extranjero venga a profanar esta tumba: jurémosle a Juárez seguir sus pasos, aprender su ejemplo, imitar sus virtudes y velar en su sepulcro para que nunca crezca en él por nuestro abandono la yerba silvestre, ni los pájaros puedan anidar en su cúpula; recordemos su nombre con veneración, respetemos su memoria con nuestros hechos, y si la paz se llega a establecer en nuestra República por el trabajo, la moralidad y la obediencia a la ley que él nos recomendara, podremos decir a nuestros hijos lo que los primeros cristianos dijeron a Cristo: "Con su muerte nos ha redimido". (*Diario Oficial*, 22 de julio de 1872)

En la historia de México hay personajes polémicos, y Juárez no fue la excepción. Algunos historiadores y escritores quisieron hacer una historia "objetiva y justa" de Juárez. Celerino Salmerón, en *Las grandes traiciones de Juárez*, y a pesar de que en la introducción se compromete a cumplir ese propósito con base en testimonios, hay en el libro —y en otros más— un odio irracional contra Juárez. Algunos juicios de Salmerón bien podrían haber sido suscritos por los inquisidores del Santo Oficio, como aquellos que excomulgaron a Hidalgo y a Morelos.

Lo menos que Salmerón dice de Juárez es que se convirtió de indio bárbaro en hombre civilizado gracias a la Iglesia Católica, que lo hizo vestirse de "chaqueta y

pantalón”, y dejar de vestir andrajos; y le enseñó a comer sentado a la mesa y con cuchara. El autor se alegra de que Juárez “murió impenitente, repentinamente, excomulgado, fuera de la Iglesia. ¡Sólo Dios sabe lo que haya hecho con él!”

La edición hecha por la Editorial Tradición (*¿Traición?*) en 1972, año en el que se conmemoró el primer centenario de la muerte de Juárez, fue la quinta. Las cuatro anteriores aparecieron bajo el sello de la editorial Jus, lo que es entendible porque Jus estuvo asociada, al menos en sus orígenes, con la Iglesia Católica.

Juárez, según Salmerón, “Sometió brutalmente a la Iglesia al poder del Estado”, y colocó “La soberanía de Méjico (*sic*) a las plantas de los Estados Unidos”. Esto lo dice después de “analizar” el tratado McLane-Ocampo, por el cual México cedía el paso de los Estados Unidos por el istmo de Tehuantepec. El tratado ha sido abordado de manera reiterativa por diversos historiadores y algunos, como Salmerón, lo han interpretado como la muestra más grande del entreguismo de Juárez a los Estados Unidos, con el cual comprometió el territorio y la soberanía de México. Pero Salmerón y otros escritores analizan éste y otros tratados relacionados con Juárez fuera de contexto histórico, y les dan la interpretación que quieren darle.

En su libro *Juárez: su obra y su tiempo*, Justo Sierra, otro de los historiadores de la vida y obra de Juárez —y quien es calificado por Celerino Salmerón como “defensor ardentísimo de Juárez, enamorado casi locamente de él”—, califica la obra de Juárez como “una suprema lección de moral cívica”. Por su amor a México —dice— nadie como él tiene derecho a que sus errores “le sean perdonados”. En lenguaje poético y altamente elogioso, Justo Sierra se refiere a Juárez así: “Todos estamos contigo, será inútil injuriarte o rebajarte, la diatriba será un remusgo que hará espuma en torno al arrecife inmovible, y pasará y morirá” (Sierra, 1974: 449).

Francisco Bulnes, otro biógrafo de Juárez, escribió *El verdadero Juárez y El verdadero Díaz*. En el primero de esos libros, Bulnes habla de la “debilidad” de Juárez como la causa de su “huida” de los conservadores mexicanos, del ejército francés y del ejército de Maximiliano, que lo llevó a refugiarse fuera del país, especialmente en Estados Unidos. Afirma que Juárez pudo haber evitado la intervención francesa y el imperio de Maximiliano, comenzando “por no mendigar ni comprar el reconocimiento de los gobiernos europeos, con millones ni concesiones de soberanía y derechos fundamentales de la nación” (Bulnes, 1960: 72). Bulnes también se refiere a los tratados del gobierno de Juárez con países extranjeros en busca de recursos que le permitieran enfrentar con éxito a sus enemigos mexicanos y extranjeros, y al igual que Salmerón, lo acusa de traición.

Juárez sólo concibe el poder, la vida, la política, como lo hace sentir su raza, con su invariable cerebro de plomo y como se lo ha enseñado el único libro que ha leído bien, *La Política*, de Benjamín Constant, apologética del régimen parlamentario (Bulnes, 1960: 100-101).



Califica a Juárez como poco instruido, pues apenas había leído bien un libro en toda su vida; además de endilgarle ofensas como las de tener “cerebro de plomo”. Tal vez dudando inconscientemente de la validez de esos calificativos, dice también: “Los hombres de buena voluntad y de diversa ilustración se encargarán de fallar en definitiva sobre la figura de Juárez, llevando en consideración los fundamentos emanados de una crítica sana, apoyada en hechos y pruebas incontestables” (Bulnes, 1960: 870). A pesar de los biógrafos ecuanímenes que ha tenido Juárez, tal vez sigan faltando esos hombres de los que habla Bulnes, encargados de hacer una buena historia de Juárez.

Roberto Blanco Moheno, también escribió sobre Juárez: *Juárez ante Dios y ante los hombres*, libro en que busca rebatir a quienes habían escrito las “antihistorias de Juárez”. Afirma que los reformadores del siglo XIX, no sólo

Juárez, y a excepción de Ignacio Ramírez, fueron buenos cristianos, respetuosos y creyentes, y amaron a México; juicio contrario al de sus detractores. Juárez, “Indio de raza pura, miserable habitante de la perdida sierra en la región más pobre del país, ignorante del idioma español hasta la pubertad, feo de aspecto y pequeño de cuerpo pero gigante de espíritu, con alma de acero, supo levantarse por encima de un destino negro y chato, el chato y negro destino que para nuestra vergüenza espera todavía a todos los pequeños indios que pululan por los claros de los montes” (Blanco, 1967: 253-254).

Blanco Moheno ataca duramente y en especial al alto clero católico, por haberse comportado, no sólo durante la época de Juárez sino a lo largo de la historia de México, de manera mezquina y traidora al negarle su ayuda a los gobernantes mexicanos en turno para salvar al país: “a nadie se le ocurra tocarles la bolsa”.

En estas líneas hemos recuperado algunos testimonios sobre la muerte de Juárez y los honores que los mexicanos le rindieron, sin ignorar que sobre Juárez se ha

escrito también en contra por los rencores que provocaron las Leyes de Reforma y sus efectos en la Iglesia Católica.

Sobre Juárez y su tiempo queda mucho por investigar, al igual que sobre otras épocas históricas de México. Ese trabajo es necesario, más allá de los homenajes que se rinden a Juárez por su indudable heroísmo.

BIBLIOGRAFÍA

- Blanco Moheno, Roberto (1967), *Juárez ante Dios y ante los hombres*, México, Diana.
- Buchanan, Elizabeth (1981), *El Instituto de Toluca bajo el signo del positivismo*, Toluca, UAEM.
- Bulnes, Francisco (1960), *El verdadero Juárez y la verdad sobre la Intervención y el Imperio*, México, Editora Nacional.
- Giron, Nicole (1993), *Ignacio Manuel Altamirano en Toluca*, Toluca, IMC.
- Salmerón, Celerino (1976), *Las grandes traiciones de Juárez. A través de sus Tratados con Inglaterra, Francia, España y Estados Unidos*, Méjico, Editorial Tradición.
- Sandoval Santana, Yolanda (2003), "Juicio criminal en contra de don Ignacio Ramírez", en Guadalupe Y. Zamudio Espinosa, Elvia Montes de Oca Navas y José M. Aranda Sánchez [coords.], *Historia y/o crónica de Toluca*, Toluca, UAEM/CIEACSH.
- Sierra, Justo (1974), *Juárez: su obra y su tiempo*, Col. "Sepan cuántos..."; México, Porrúa.
- Secretaría del Trabajo y Previsión Social (1972), *Muerte del Presidente Juárez*, México, Gobierno de la República.

